



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12711

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jere: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 23 DE MARZO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

SE IMPONE UN CORRECTIVO

No podemos negar sin fallar á la verdad que hay muchos industriales honrados, que no engañan al comprador, que no merecen por consiguiente, que sobre ellos caigan esas graves inculpaciones que los periódicos lanzan á los vientos de la publicidad, haciéndolos eco fiel de las quejas de muchos vecinos que se preocupan y con razón de la carestía y falsificación que van adquiriendo los alimentos.

Pero debemos llamar la atención de las autoridades, para que persigan con energía los fraudes y engaños, ó los escamoteos que cometen algunos industriales; escamoteos que desgraciadamente quedan impunes, ya por negligencia de los encargados de poner correctivo, ya también por falta de energía de los mismos compradores engañados.

Ya no es bastante, por lo que vemos, que los periódicos publiquen los nombres de esos parásitos de la pobreza, que viven y median mermando los escasos elementos que el pobre jornalero ó el humilde empleado obtienen para subsistir á las abrumadoras necesidades de la vida.

Podieran citarse hechos concretos, sacando á la vergüenza pública á los que por su incalificable proceder se hacen á ello acreedores.

Hoy, felizmente, puede ya funcionar el laboratorio municipal.

Mientras no se persiga la adulteración de los alimentos, que aquí se compran á tan alto precio, no se conseguirá que muchas enfermedades dejen de causar estragos acabando con las energías de gran parte de los ciudadanos, obligados á tomar, como alimentos, artículos alimenticios adulterados por hombres sin conciencia.

Urge pues, que á esos desdichados industriales, se les imponga el debido correctivo para que cesen esa gran libertad de que gozan para ejercer sus malas artes.

TIJERETAZOS

Aún no ha comenzado la temporada turística y ya ha caído su torero en una nevada.

Mal síntoma para la gente de coleta.

Verdad es que la época es de prueba para la gente que se deja crecer el pelo por la espalda.

Ahí tienen ustedes á los chinos que no saben á qué carta quedarse.

Ellos ayudarían en sus apuros á los japoneses contra Rusia.

Pero Dios los libre de realizar semejantes deseos, porque si tal hicieran se acabaría la China á cogotanas.

Que le intente y verá con qué cariño la tratan las naciones neutrales.

En Minster y bajo la presidencia del profesor Landeis, se ha constituido una liga antigatana que ya ha cortado el hilo de la vida á cinco mil trescientos cuarenta y siete gatos.

¡Pobres morrongos! Mientras los autores les ponen en escena y los organillos los popularizan por las calles, la liga de Minster intenta extirparlos.

Que un hombre se quebre las cejas y se adorne con títulos para acabar matando gatos....

¡Vaya un monumento que originarán las ratas á ese profesor!

Leemos:

«En Daimones acaban de ponerse á la venta los objetos que habiendo sido encontrados en la calle, no han sido reclamados por sus dueños

Entre las prendas de mujer halladas, si guraban corsés, jabones, sombreros, pañuelos, alhajas, pantalones y portamonedas.»

¡Pero es que se visten y se desnudan en la calle las mujeres de Damainas?

La Unión Ibero-americana

Cada día son más activas las relaciones

entre España y las naciones iberoamericanas, notándose en éstas, en Portugal y en todas nuestras provincias, mayor confianza en conseguir prácticas y útiles resultados en común provecho.

Esto se ha evidenciado de una manera singular en el número extraordinario de la revista de la «Unión Ibero-Americana» que se acaba de repartir.

Figuran en ella muy notables artículos de prestigiosos americanos y españoles, y la opinión de exministros generales, obispos, profesores, académicos, diplomáticos, senadores, diputados, banqueros, comerciantes, industriales y representantes de todas las fuerzas vivas de nuestra Patria y de las Repúblicas hispanoamericanas.

Como muestra de lo que la referida revista extraordinaria contiene, copiamos el siguiente artículo debido á la pluma de Julio Burell.

Dice así:

NUEVO MESIANISMO

En periódicos de estos días, y tratado por la pluma de populares escritores, ha reaparecido, con requerimiento de actualidad, cierto tema de mesianismo muy á la moda después del desastre. Un publicista militar se pregunta: «¿No habrá nadie que quiera representar al menos «veintinueve céntimos» de Carouff—y un periodista radical, creyendo con Carlyle en el «héroe» es decir, en la posible individualización de una época y de una raza y oponiendo al derecho divino de los reyes el genio ó la audacia de los grandes sugestionadores de muchedumbres, busca también al «hombre» —Sylla ó Cesar, Mahoma ó Bonaparte, un Danton en Agosto, un Garibaldi en Nápoles...»

Con estas inquietudes mesiánicas, suspirando por el «héroe» que no llega, y llorando ausencia de tiranía ó dictadura, venimos desde el día de Carite ofreciendo nuestras angustiosas esperanzas á un Salvador desconocido. Este salvador invocados sucesivamente con diversos nombres y con distintos tributos, ya ciñendo espada, ya vistiendo la toga de los tribunales y quien sabe si alguna vez la invocación á Gargias, deslumbrador y esteril.

Pero el «héroe», no bien dibujado desaparece, y el «hombre augural» no pronuncia la palabra reveladora. De ahí—dicen los mesiánicos—la amargura de muchas almas, el marasmo en que decae la juventud y el agotamiento de toda fe, la negación de toda esperanza.

Y damos de frente con la fresa del sío-

sofo diluyano: «Un pueblo es un simple rodeo de la Naturaleza para producir media docena de grandes hombres».

Por fortuna, ni tal frase injusta y ofensiva para la dignidad humana y para la verdad de la Historia, ni el ansia de ser «salvados» con que nos sentimos poseídos ante la iniquidad inmediata ó la no liquidada catástrofe pueden definitivamente ofuscarlos, haciéndonos buscar la salud en la graciosa aparición de un salvador providencial.

—Cuando Tomás, el apóstol dos veces in decido, dice á Jesús: «¿Cómo te seguiremos si no sabemos el camino?»—Jesús le responde: «Yo soy el camino, y la verdad y la vida; pero ni antes ni después ni filósofos, tribunos, apóstoles ó guerreros han podido hablar con arrogancia semejante. El camino y la verdad y la vida han estado y están no fuera de los pueblos, en los pueblos mismos: ellos se salvan, ellos se precipitan... Toda la antigua civilización, llamándose pueblo de Pericles y siglo de Augusto, ¿sería realmente obra de un luminoso dictador ó de un tirano amable? Fastuosas y alegres teogonías en que todas las fuerzas de la Naturaleza, florecimiento de la tierra, sacudidas del mar, ruidos del bosque, laceraciones del cielo, estremecimientos del dolor y el amor humanos, tenían un nombre divino; arte y pensamiento supremos que, al través de los siglos, no sometían á la soberanía de sus cineselas, á la admiración de sus postas, á los preceptos de sus legisladores y á los cánones de sus filósofos; ciudades que son como el grano de mostaza de la Escritura y crecen y suben y se extienden y llenan el mundo, ¿podrán haber sido creación genial y caprichosa de unos cuantos hombres excepcionalmente inspirados y providencialmente elegidos? Todos los tiranos de la tierra no levantan el Partenon: para ello es necesario que un pueblo sepa recorrer material ó idealmente el camino de Pharos... En Demóstenes vibra el verbo de Grecia; sin embargo, á la hora de la decadencia irrompible, la palabra del orador no levanta ni un corazón ni arma un brazo; el suyo propio sostiene mal el escudo en Queronea. Desde que la Historia fué dividida en series cronológicas y sintéticas fué consagrado el culto del «héroe» de tal á tal fecha, la república; de tal fecha, el imperio en tal día, los bárbaros, en tal hora, Atila... Un vasto teatro por secciones: telón arriba y abajo; autores del trágico drama: Alejandro, Cesar, Carlomagno, Carlos I, Napoleón; reyes, emperadores, papas, grandes capitanes, con

un brillante centenar de colaboradores, y la inmensidad y heterogeneidad maravillosa del esfuerzo humano pensando, creando, discutiendo nuevas formas de vida sobre el surco, sobre el mar, en el fondo de la mina, junto al borno de la fragua, en el aula, en el taller, en todos los misteriosos rincones de sombra y luz en que ofician el trabajo; el sufrimiento y el ansia espiritual de tantas generaciones han sido incorporados á la gloria perpetua de unos cuantos afortunados dominadores. De ese modo los pueblos se han acostumbrado á vivir bajo el deslumbramiento de un tribuno que los lleve de una hipótesis á su abismo, ó bajo la mano odiosa é implacable de un áspere amo que «mete en fila» sus dolores y vuelve á enderezarlos y disciplinarlos para nuevas empresas de heroísmo».

La verdadera Historia habla por muy distinto modo: fijándonos en el caso de Italia, da, por ejemplo, á Cavour cuanto le es propio, pero la unidad, comunión de almas, no fusión mecánica de Estados; la unidad, resurrección total de la conciencia y el genio de una raza; la unidad invocación de una lengua y de un arte gloriosos; eso que en el egregio Florentino es visión profética, en Cesar Borja inquietud, en Maquiavelo idea, en Foscolo lamento, canción en Monti, Irono en Leopardi, martirio en Pállico, pensamiento en Mazzini, acción en Garibaldi; eso que va y viene del Piemonte á Nápoles, de Venecia á Módena, de Ginebra á Toscana, de cualquier punto de la Península á Roma soñada, entrevista, aspirada, requerida de tenaces amores por un pueblo mal encorvado en su sepulcro, ¿cómo puede ser obra de un Rey, ni de un ministro, ni siquiera de un capitán valeroso? La fuerza de Italia no se llamó Victor Manuel, ni Cavour, ni Garibaldi, la fuerza de Italia estaba en ella misma.

Y en ese ejemplo, los pueblos en decadencia como España y los pueblos en incertidumbre de juventud, como nuestros hermanos de América, ha de ser la única señal del camino por donde pueden ser hallados, la redención y el engrandecimiento.

Julio Burell.

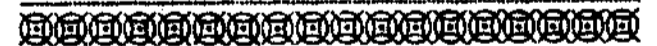
NI CARNE NI PESCADO

Los tratantes en ganados, de Madrid y Barcelona, según dicen algunos periódicos, se han comprometido á suministrar á Rusi

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 429

LOS BANDIDOS INDIOS

428



—Tony y Stonagbur.

—¿Me permitís llevarlos?

—Sin duda.

—Pues bien voy á buscar á Bartell, adios Mayor vuestros criados, ¿tienen armas?

—Sí; tomar además todo lo que necesitéis.

Cinco minutos después, Tarlesby seguido de Tony de Stonagbur y dos lacayos se alejaban al galope de Medwainah.

el tacon al mismo tiempo que Cecilia lo partía en dos pedazos con el mango de otro punkah.

Tony había hecho justicia ya al tercer reptil que aun estaba adormecido.

Corriendo á Craighton. Este acababa de dilatarse la mordedura del reptil por el certaplumas y la acentrizaba con alcohol. Tony partió á toda prisa á buscar al médico. Cecilia y el mayor quisieron prestar sus servicios á Craighton entregado á una terrible cólera. Este les rechazó colmándose de injurias y maldiciones. La pobre jóven que intentaba ayudarlo á vendar la maldita herida, recibió un puñetazo en el pecho que la hizo caer de espaldas en la alfombra.

En la posición en que se encontraba el capitán, el mayor le hubiera hartado de golpes; tal fué su indignación por esta brutalidad. En el mismo instante un tercer personaje entró corriendo en la habitación: Tarlesby que acababa de apearse del caballo y cuyos vestidos cubiertos de polvo atestiguaban un largo viaje.

—¿Tenéis alguna noticia de Bartell?

—Ninguna desgraciadamente, respondió Tarlesby; el mismo Walkstoun ha renunciado ya á buscarlo.

De pronto se dió un golpe en la frente.

—¿Cuáles han sido los criados que han visto al indio que ha traído la cascaca?

LXXVII

Quando el mensajero entró en la estancia de Craighton donde se hallaba siempre Cecilia, la jóven estaba sentada al lado del lecho de su marido, y este permaneció inmóvil y silencioso, como por los largos pliegues de su moquetera. Qué dormía entonces Cecilia leía un libro relativo á los deos y á los pindarrios.